



EL VISITADOR.

Año de 1567.

Eran las once de la noche: oíase resotnar gruesas gotas de agua sobre los canales ó acequias que formaban las calles de México y en las puertas de madera del palacio, pues el lujo de los cristales era desconocido en la ciudad conquistada: la obscuridad más profunda reinaba por todas partes, y el silencio propio de la hora hacía más perceptible el estrépito de la lluvia. México estaba consternado con la conspiración del marqués del Valle, la que aún se dudaba si se había sofocado del todo, á pesar del suplicio sufrido por los que se creían sus autores, cuyas cabezas, levantadas sobre es-

carpias en la gran plaza, hacían de ella una escena de terror.

Pero lo que infundía aún mayores miedos, era la presencia y el gobierno del visitador Muñoz. Refiere la historia de aquellos tiempos que Felipe II que ocupaba entonces el trono español, sediento de sangre, y temeroso de perder las conquistas de su padre en el Nuevo Mundo, había desconfiado del virrey marqués de Falces, que, benigno y humano, trató con moderación á los que se sospechaba ser conspiradores, y aun evitó los castigos si no era en los casos indispensables. Mandó, pues, el rey á México, entre otros visitadores, al Lic. Muñoz. Era éste el reverso del marqués: orgulloso y tímido, vengativo é infatigable, cruel y caprichudo en sus resoluciones, había caído como una maldición sobre la patria de Moctezuma. Parecía que su fin único era hacer terrible la autoridad; inventó nuevas prisiones, dignas de figurar en los castillos feudales de los siglos medios, las cuales se conservaron por muchos años, llevando el nombre del Visitador, ¡digno monumento á su memoria! y finalmente, de los desgraciados que incurrieron en sus sospechas pocos se libraron de las cárceles, los destierros, los presidios, y aun del cadalso.

Tal era el hombre que, en la noche y hora que hemos referido, se paseaba por uno de los aposentos del palacio. Estaba vestido con la capa negra y la golilla, que fué

hasta principios de este siglo el traje de ceremonia de los abogados; cubría su cabeza una gorra de terciopelo negro con una gran pluma del mismo color, cuya sombra caía de cuando en cuando sobre su rostro, y tal sombrero era dudoso si era un abrigo contra la intemperie, ó un distintivo de la dignidad del que le llevaba: un largo bigote en que se veían algunas canas, un mechón de barba bajo de la boca, conocido vulgarmente con el nombre de perilla, daban un carácter imponente á su figura.

No lo era menos el adorno del gabinete: paredes blancas sin friso ni aderezo alguno: al testero un dosel bajo el que estaban colocadas las armas de España y el retrato de Felipe II: una mesa pesada de encina con sus piés llenos de molduras, cubierta con una carpeta de paño verde, y un sillón con el asiento y respaldo forrados en vaqueta negra y tachonados de clavos de oro, representando leones y castillos, eran los muebles que se veían allí.

Sobre la mesa estaban multitud de papeles que esperaban sin duda el decreto del Visitador; y el no haber otro asiento en el cuarto, indicaba que todo el que allí entrase, debía permanecer en pie, á excepción del representante del soberano. Daba luz á este aparato un candil de cuatro mechas de aceite suspendido al techo, y una bugía colocada delante de un velador en la mesa.

A la puerta, y de la parte exterior, se miraba un guardia inmóvil, apoyado en una alabarda y hubiérase creído ser una estatua si el movimiento de su cabeza no indicase ser accesible al sueño. Oyóse un leve ruido en la pieza anterior, y Muñoz, parándose prontamente y llevando la mano á un puñal que ocultaba su capa, gritó con sorda voz: ¿Quién anda ahí? ¿Quién va?

—Es mi capitán, respondió el alabardero.

—Mancera, gritó aún en voz más alta Muñoz, sentándose en su sillón y tomando un aspecto grave.

—Yo soy, señor, dijo entrando Mancera; le distinguía el uniforme de capitán de alabarderos; mas tenía el sombrero en la mano en señal de respeto, y dos largas plumas, la una azul y la otra blanca, que de él pendían, casi llegaban hasta el suelo.

—Mucho habeis tardado; son las once, dijo el Visitador.

—No había podido adquirir antes las noticias que me encargó V. E.: hasta este momento he podido saber algo.

—Y bien, ¿qué habeis sabido?

—Que la joven se llama Doña Ana Cervantes, y que es hija del señor Don León Cervantes.

—¿El Alcalde?

—Sí, señor: y que ella está para casarse.

—¿Cómo? ¿con quién?

—Con D. Baltasar de Quesada, el hermano de D. Pedro.

—¿Y qué más?

—No he podido saber otra cosa.

Así concluyó esta extraña contestación del Visitador con su capitán de guardias, y después de un saludo mutuo, que por parte de Muñoz fué solo una ligera inclinación de cabeza, se retiró el militar.

Había salido el Visitador aquella tarde con su séquito ordinario de guardias á dar un paseo por la ciudad, y aún á cerciorarse por sus propios ojos del estado de ella; y entre la gente que de tránsito hacía asomar á las ventanas y balcones, había visto al través de una celosía entreabierta, una mujer joven cuya hermosura hizo en su ánimo una impresión profunda: y aunque su carácter feroz fuese incapaz de un amor fino y delicado, no por eso era menos susceptible de un deseo vehemente, de una pasión fogosa, que, exaltada por su orgullo tenaz y dominante, podía hacerle un seductor más peligroso que lo común.

Herido fuertemente por un afecto nuevo, volvió á su palacio y mandó al capitán Mancera tomase informe sobre aquella señorita. Hemos visto el estado de inquietud en que pasó las primeras horas y las informaciones que obtuvo: el resto de la noche, salvo algunos momentos de sueño interrumpido, lo pasó meditando proyectos sobre Doña Ana, y frecuentemente fijando su pensamiento en las ideas de conspira-

ción y traidores de que estaba habitualmente lleno.

Eran verdaderas las informaciones que Mancera había comunicado á Muñoz. La joven, cuya vista había distraído su ánimo de los negocios serios de su empleo, era en efecto Doña Ana Cervántes, hija de Don León Cervántes, alcalde en aquel año. Su familia no era de las que habían hecho su fortuna en América, sino que hacía descender su nobleza y poderío de una de las casas más ilustres de la antigua España: circunstancia que, si bien parecerá poco apreciable á alguno de nuestros lectores atendido el estado político actual de México, era sin embargo de la más alta importancia en aquella época.

Mas á pesar de la fuerza de esta recomendación, aun era mayor la que obtenía Ana por sus prendas personales. Estaba en la edad de veinte años, y su hermosura era perfecta: había perdido el encanto de una niña, mas brillaba su frente con el esplendor de la juventud y de la sanidad, y sus ojos manifestaban toda la viveza de su alma y la sensibilidad de su corazón. Este conjunto de belleza había cautivado al Visitador; pero las cualidades morales de que estaba adornada, eran mucho más apreciables que sus ventajas físicas.

La muerte de su madre, que la había hecho única señora de su casa, había concentrado sobre ella todos los afectos del alcal-

de su padre. Este era señor de una vasta encomienda de Indios, bajo cuyo nombre se entendía un territorio en que el señor podía exigir ciertos servicios de los indios contenidos en él, sin pagarles la justa retribución de su trabajo: trabajo muy duro las más veces, pues se les destinaba al laboratorio de minas, y tan cercano á la esclavitud, que fué necesario que los concilios y los reyes declarasen algunos años después, que los indios nacían libres, y que no se les debía reputar esclavos. Ana hacía todo el bien que podía á los infelices indios: les aliviaba en sus necesidades, conseguía aplacar á su padre en los momentos en que estaba ya pronto á imponerles un castigo y era voz común entre los naturales, que el mayor beneficio que podía concederles la fortuna en su situación, era hacerles súbditos de Cervántes y de su hija Doña Ana.

La familia de Quesada era también una de las más distinguidas del Nuevo Mundo. D. Baltasar, unido con Ana desde su primera edad, había logrado cautivar el corazón de la joven, que no conocía otro mundo que su padre y los que podía llamar sus vasallos. Esta unión, aunque á satisfacción completa de ambas casas, se había formado más bien por la armonía de las virtudes de ambos jóvenes, que por el interés, y se había fijado el domingo próximo para el matrimonio, preparado con la magnificencia digna de los esposos.

Don Baltasar había pasado la noche del sábado en la casa de Cervántes, quien, supuestos los términos á que el asunto había llegado, no juzgó indecoroso permitir que su hija hablase libremente con su futuro. Inútil sería repetir los coloquios de amor que mediaron; y sólo es digno de saberse, que Quesada deliraba en sus esperanzas, y Ana se llenaba de proyectos de beneficencia, que pensaba realizar sobre los indios de las encomiendas de su padre y de su marido luego que se efectuase el matrimonio. Separáronse á las once y media, repitiendo D. Baltasar la promesa de presentarse al día siguiente al amanecer á realizar el enlace porque suspiraba.

Atravesaba las obscuras calles de México embozado en una capa, con una larga espada bajo del brazo, y delante de él caminaba un lacayo conduciendo un farol, precaución necesaria entonces en México, como lo es hoy en los más pueblos, no sólo para libertarse de ladrones y malhechores, sino de golpes peligrosos que hacía probables el mal estado de las calles y la falta de alumbrado: llenaban el pensamiento del amo mil ideas de esperanza y de amor, y embebido en ellas, pasó muchas calles sin observar que alguno le seguía; ni salió de su meditación hasta que la voz misteriosa de uno que se hallaba en aquel momento junto á él, le preguntó:—¿Es vuestra Merced el Sr. D. Baltasar de Quesada?

—Sí, yo soy; ¿qué se ofrece?

—Que me siga vuestra Merced.

—¿Adónde? Yo no acostumbro seguir á nadie, ni os conozco. ¿Quién sois?

—Vuestra Merced va preso: lea esa orden de S. E., si gusta.

Leyó Quesada la orden firmada por el Visitador, y consideró cuán inútil sería la resistencia, pues á la sazón multitud de hombres se veían ya al lado del que le había detenido, dispuestos á auxiliárle, sobre lo que no dejaba duda su traje y sumisión al aprehensor.

—¿De qué se me acusa? preguntó el joven.

—Lo ignoro: marchemos, respondió el esbirro.

Fué con efecto conducido á un calabozo, y el lacayo, que había presenciado la prisión, llevó la triste noticia á la casa de Cervántes y á la del mismo Don Baltasar.

II.

Era tal la persecución en aquella época, y tan poco benévola la índole del Visitador, que poca diferencia se encontraba entre un preso y un condenado. El juez, que las más veces era el mismo Muñoz, creía dar muestras inequívocas de su habilidad y de su celo por el soberano, cuando había conseguido hacer caer á uno de los que tenía

por sospechosos, en alguna contradicción de donde pudiese sacar materia para condenarle; y á semejanza de otros magistrados aun de siglos posteriores, hubiera creído degradante para sí mismo, declarar inocente al que una vez había aprehendido, pues que se avergonzaba de que sus sospechas apareciesen infundadas, ó pudiese imputársele ligereza. Así, pues, y aun sin contar con la rivalidad que existía entre Don Baltasar y Muñoz, los que se interesaban por el primero, quedaron consternados á la nueva de su prisión, cualquiera que fuese por otra parte la certidumbre que tuviesen de su inocencia, y resolvieron tentar todos los medios para arrancarle del calabozo.

En el siguiente día, pues, de los hechos referidos, que era el mismo domingo en que se debía haber celebrado el himeneo, se hallaba sentado en un pasadizo de palacio que daba entrada á los calabozos, un hombre de más que mediana edad, sumamente grueso, vestido de paño ordinario, y cuyo destino de alcaide se indicaba por un grueso manojo de llaves que de una correa pendían á su cintura. Tres ó cuatro esbirros le ayudaban en la custodia de los reos, pues el estilo de guardar á los presos con la milicia, es invención de tiempos mucho más modernos. Acercóse, pues, un indio á este personaje, y con su sombrero de palma en la mano en la actitud más humilde, le dijo:

—¿Su Merced es Don Hipólito Núñez?

—¿Qué quieres?

—Vengo de la casa de mi amo el Sr. D. León Cervántes, que se llegue allá su Merced.

—Yo no debo dejar este puesto; ¿pero vienes de casa del Sr. Alcalde?

—Sí, señor.

—Pues bien, vamos.

Recomendó Núñez la más escrupulosa vigilancia á uno de sus satélites y siguió al indio. Luego que llegaron, éste entró á avisar, é inmediatamente volvió á salir diciendo al alcaide que entrase. Hízolo así, y con grande admiración suya encontró en lugar del alcaide á su hija Doña Ana, acompañada de una criada ya de edad proveya, mas que no por eso dejaba de mostrar gran respeto á la señorita.

—Yo soy, dijo la joven, quien ha mandado llamar á vd., Don Hipólito.

—Estoy á las órdenes de vd., señorita, mas yo creí que era el Sr. D. León quien me llamaba, pues de otra manera no podía abandonar mi puesto.

—Es cosa muy dura tener que estar á todas horas mortificando á sus semejantes, D. Hipólito: es mucha esclavitud esa.

—Es verdad; pero los pobres nos vemos precisados á cosas peores: yo tengo una larga familia, y ningún arbitrio para subsistir.

—Y dígame vd.: anoche han puesto en

un calabozo á un sujeto distinguido, ¿es cierto?

—Señorita, tenemos orden para no decir quién entra ni quién sale en las prisiones: éste es un secreto.

—Pero pues que yo lo sé ya, vd. no falta á su deber en decírmelo: vd. puede darle libertad.

—Imposible, señorita: esto sería perderme.

—Vd. podría asegurar la fortuna de su familia y quitarse de ese oficio. La familia de ese sujeto es muy rica. Cien onzas de oro no serían gran cosa para vd. si ese señor quedase libre?

Meditó un poco el alcaide y replicó en voz muy baja:—Señorita, este negocio no debería tratarse en presencia de testigos.—Después añadió en voz más alta:—Yo no vendo la justicia.

Ana se paró y condujo á Núñez al opuesto extremo de la sala, donde siguió una conversación secreta: finalmente, hizo seña á la criada para que se retirase, y al cabo de un cuarto de hora Don Hipólito salió llevando un talego con oro y Doña Ana recibió la promesa de que aquella noche á las diez estaría libre Don Baltasar.

Habíase verificado la prisión de orden de Muñoz, para impedir el matrimonio de la que él había resuelto hacer suya, y para vengarse de un rival más feliz. Mas, aún le faltaba el paso más esencial, que era des-

cubrir su pasión á la señorita Cervántes. En aquella misma noche resolvió hacerlo, y al efecto preparó ocupaciones que detuviesen á Don León fuera de su casa, donde habitaba solo en compañía de su hija. Cuando estuvo seguro de la ausencia de Cervántes, se presentó en su casa disfrazado; y aunque los criados mostraron al principio alguna dificultad para permitirle la entrada, algunas monedas le colocaron en presencia de Ana sin otro testigo.

—¿Me conoce vd., joven? dijo el Visitador después de los cumplidos ordinarios.

—No tengo ese honor.

—Y bien, yo soy un admirador del mérito de vd., yo la he visto, y he conocido cuán imposible es no amarla.

—Ese lenguaje, señor, me es muy extraño, y mucho más en boca de un desconocido, á quien veo por la primera vez.

Señorita, mi lenguaje es la voz de mi corazón: si hasta hoy he sido un desconocido para vd., yo le suplico que no sea lo mismo en lo venidero: si la dignidad de vd. se encuentra ofendida con mi amor, yo le aseguro que el hombre que tiene la dicha de hablarla, no desmerece su estimación, ni por su nacimiento, ni por su riqueza, ni por las distinciones que debe á la bondad de su soberano.

—Ignoro, señor, con quién hablo; pero cualquiera que sea el rango de vd., yo no puedo escucharle más: en tal virtud, si es-

ta visita no tiene otro objeto, permítame que me retire.—Se puso Ana en pie é iba á entrarse á otra pieza, cuando el Visitador incógnito, interponiéndose á su paso, continuó:

—Joven, yo no estoy acostumbrado á repulsas ni á desaires: vd. no me corresponde porque su alma está ocupada con otro amor, yo lo sé bien; vd. ama á Quesada, y por eso me desprecia.

—Quesada debe ser mi esposo, yo no tengo motivo para negar el afecto que le profeso, dijo Ana poniendo su mano, como para arreglar su peinado sobre su frente que se cubría de encarnado; por otra parte, es un caballero, es digno del amor de persona más apreciable que yo, y finalmente, hoy es un desgraciado!

—Es un traidor, interrumpió Muñoz, tomando un tono en que se traslucían la venganza y los celos triunfantes.

—¿Traidor? repitió con voz débil Ana.

—Un traidor, sí, un conspirador: merece un patíbulo.

—Es falso, es mentira, dijo Ana tan tímida como sobresaltada: Quesada no es traidor, Quesada no ha conspirado jamás, yo lo sé muy bien; se le calumnia. ¿Pero quién es vd. para hacer tales imputaciones? ¿quién se lo ha dicho? ¿cómo lo sabe?

—Está preso de orden superior, y esto indica complicidad en el crimen; lo sé por el mismo Visitador.

—El Visitador descubrirá su inocencia, y le absolverá; hoy le han engañado; Quesada es fiel á S. M.; su prisión no ha de durar... mas yo me retiro.

—Joven exaltada, Quesada quedará libre si vd. prescinde de ese amor loco, de esa pasión que le profesa: prométame vd. variar de tono conmigo, y Quesada mañana pasará libre las calles de México... de México, no; no permanecerá aquí, irá á España, pero libre; mas si vd. se obstina... un patíbulo.

—¿Y quién es vd. para hacerme esas promesas, para amenazarme de ese modo?

—Muñoz, respondió el incógnito: y desembozando una ancha capa que le había cubierto hasta entonces, presentó su persona; y después de un instante añadió:—reconózcame vd.: ¿aún lo duda?

Se habría podido escuchar la respiración agitada de Ana durante los primeros minutos que siguieron á esta escena; tan profundo silencio reinaba en la sala. Arrebataada por la sorpresa y reflexión, fué la primera que rompió el silencio, y con un acento casi desesperado, exclamó:

—El es, sí es, es verdad, indudable: después añadió algo más calmada:—Señor, si V. E. es un caballero, como no lo dudo, yo le suplico conceda la libertad á Quesada; jamás ha ofendido á V. E. ni ha sido traidor al rey.

—Quesada será libre; mas acuérdesese vd. de la condición.

—Mi amor, no puedo rehusárselo ya.

—Ese amor le perjudica, ese amor es su verdugo, es el puñal que va á atravesarle el corazón.

—Yo no debo, no puedo faltarle.

—Y bien: cuando ese miserable haya expirado en un cadalso; cuando su familia esté cubierta de oprobio, de infamia, entonces el corazón de vd. le dirá que pudo libertarle y no lo hizo: su recuerdo perseguirá á vd., no hermoso, no galán ni apuesto, sino con el velo sangriento del patíbulo; y esa sombra clamará continuamente:—Por tí; tú me has sacrificado.

—¡Yo sacrificarle!... ¡qué horror!... Jamás, jamás... me es imposible amar á V. E.

—Eso será después: por ahora prométame vd. que no le volverá á ver, que yo seré recibido en esta casa como una visita, que vd. no huirá de mí: esto me basta por ahora; el tiempo y mi amor harán el resto.

—¿No volverle á ver? ¿perderle para siempre?

—No hay remedio: prométamelo vd., ó va al patíbulo: prométamelo vd., y lo pongo en libertad.

El Visitador había tomado asiento al lado de Ana, y ésta vacilaba. Muñoz sacó un reloj y continuó:

—Faltan cinco minutos para las diez (Ana se estremeció acordándose del alcaide): á esta hora me es preciso retirarme:

es mi último plazo: piénselo vd., y respóndame.

—¿Y queda libre?

—Mañana mismo.

Reflexionó Ana: consideró que D. Baltasar estaría probablemente libre en la noche, y contestó:

—Si V. E. le pone en libertad mañana, no volveré á verle.

—Mañana le pongo libre, pero vd. no le vuelve á ver.

—Si V. E. le pone libre mañana, sólo en este caso no volveré á verle.

—¿No volverá vd. á ver á Quesada?

—No volveré á ver á Quesada.

Alzó los ojos Ana; y como si su voz hubiera evocado la sombra de su amante, le vió en su presencia. El Visitador, enagelado en lo que miraba como un triunfo, tomó una mano de Ana, que estaba inmóvil, cuando le volvió sobre sí la voz fuerte del amante que gritaba furioso:—Muere, pérfida;—y clavaba su puñal en el seno de la infortunada joven.

Quesada había conseguido su libertad en consecuencia del cumplimiento que dió el alcaide á su promesa; mas éste no juzgó prudente hacer saber al joven los medios á que debía tan feliz suceso. El primer afán de D. Baltasar había sido visitar á su esposa. Había sabido por los criados de la casa la presencia en ella de un hombre sospechoso, que hacía tiempo conversaba á

solas con la señorita, y sus celos se habían despertado. Llegó á tiempo de oír el final del diálogo, y ver la libertad que se tomaba Muñoz: su imaginación renegrida por la desgracia, le pintó como agravio lo que era un sacrificio hecho á su amor, ó una estratagema, y perpetró el crimen que terminó la escena. La víctima no exhaló un suspiro, inclinó la cabeza, y en breves momentos estaba helado su cuerpo.

—¡Alasesino! ¡alasesino! clamó el Visitador; y los criados que no estaban lejos, desarmaron y aprehendieron á Quesada, que, pasmado de su crimen, no tuvo la reflexión suficiente para dirigirse contra su rival.

—Si vd. es un caballero, dijo Quesada á Muñoz, espero que no será ésta la última vez que nos veamos.

—No será la última, contestó Muñoz; y envolviéndose en su capa, marchó, después de mandar á los criados condujesen aquel hombre á la cárcel.

III.

Pocos días pasaron. La noche estaba pura y resplandeciente: la luna llena se reflejaba en las aguas tranquilas del canal que bañaban los cimientos del convento de S. Francisco, y un silencio profundo anunciaba que las primeras horas de la noche habían pasado: el padre Hernández se pasea-

ba en su celda, y de cuando en cuando fijaba por una ventanilla sus miradas en el canal, y admiraba la naturaleza: era este religioso ejemplar por sus virtudes y famoso por su saber.

El leve ruido de una canoa bogando pausadamente, le llamó la atención por la extrañeza de la hora: asomóse, y vió salir de ella un hombre envuelto en una capa, que llamó á la puerta del convento. Creyó que buscaría algún confesor, y continuó sus oraciones ordinarias; mas el hombre se presentó en su celda, y le intimó que le siguiese de orden de S. E. Hízole no sin algunos temores, sobradamente fundados en el carácter del Visitador, y la canoa los condujo al palacio: allí se presentó á Muñoz, y despedidos todos los testigos, éste comenzó:

—Padre, he llamado á V. R. para que auxilie á un miserable que debe morir mañana.

—Siempre estaré dispuesto á llenar mi ministerio, y á cumplir con las órdenes de V. E.

—Mas guardará V. R. un profundo y eterno secreto sobre lo que ese miserable pueda comunicarle.

—Tal es mi deber.

—No importa, ya lo sé: yo exijo que me lo prometa V. R. con juramento: es un traidor.

—Pues bien, lo juro para obedecer.

Tocó Muñoz una campana, y mandó al que se presentó á su llamamiento, que acompañase al padre á la capilla en que estaba Quesada. Pasadas algunas horas, volvió el religioso, y solicitó hablar en secreto al Visitador, lo que se le concedió.

Señor, dijo Hernández, el preso asegura estar inocente.

—Eso dicen todos, contestó Muñoz profundamente agitado y paseándose con violencia.

—Señor, me ha referido cosas extrañas: atribuye su condenación á enemistad particular de V. E.; la venganza está proscriba por nuestro Salvador.

—Es un traidor, es un asesino; yo mismo le ví asesinar: ¿lo negará? Las leyes le condenan; la vindicta pública pide su cabeza; merece la muerte.

—Fué un acto violento, Señor; no supo lo que hizo; su arrepentimiento ha borrado su delito; el olvido de las injurias es un deber del cristiano.

—¡Arrepentimiento!... ¡Olvido!... exclamó el Visitador ya casi fuera de sí; arrepentimiento!... Cuando el arrepentimiento haya podido levantar del sepulcro á la víctima que el asesino hundió en él; cuando se haya borrado de mi alma esta imagen que me persigue en mis sueños, que me perturba en mis días, que me atormenta á todas horas, entonces que se me hable de olvido, que se me hable de arrepentimiento.

Padre, Dios le perdone; mas las leyes le condenan.

Cesó un momento Muñoz, y dirigiéndose de nuevo al religioso con alguna más serenidad, le dijo:—Padre, he llamado á V. R. para auxiliar al criminal, no para que me aconseje; cumpla con su ministerio, y acuérdesese de su juramento. V. R. me responde con su cabeza.

Sonó Muñoz su campanilla, y nuevas personas cerraron la boca al religioso. Quesada con otros fué decapitado al siguiente día como traidor. El Padre Hernández recibió su último aliento.

La suerte del Visitador correspondió á sus maldades. La historia refiere, que instruido de ellas Felipe II, le llamó á España, y que cuando se presentó en la corte, esperando recibir una acción de gracias, el rey en público le reprendió por aquellas memorables palabras: "Os envié á Indias á gobernar, no á destruir." Retiróse el magnate á su casa, y murió en ella aquella misma noche, víctima de su orgullo ofendido, de su oprobio y de sus remordimientos. Hay mónstruos que la historia condena á una fama inmortal. Uno de ellos fué Muñoz.